

## HOMBRES

Digo, pues, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia y tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere al decir: ¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?", yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices (1), y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmación de mi vida. Oh, quién se atreviera a salir entonces diciendo a voces: "Ah, Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces; considera lo que me debes; mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advier-te que al decir tú "sí" y el acabármeme la vida ha de ser todo a un punto. Ah, traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Qué quieres? Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido." Ah, loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que había de hacer lo que no hice! Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, si fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

- (1) Quien cuenta la historia, se ha escondido entre unos tapices para presenciar la cêremonia sin ser visto.

## MUJERES

Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el "sí" de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el "sí" a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba ~~intención de matarse en acabándose de desposar,~~ a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se había quitado la vida. Todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos.

DOS HOMBRRES, personajes A y B.

- A.- Llegaste, y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando con oro de canutillo para este cautivo caballero.
- B.- No la hallé sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.
- A.- Pues haz cuenta que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, besóla? Púsose la sobre la cabeza? Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?
- B.- Cuando yo se la iba a dar, díjome ella: "Doned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está".
- A.- Discreta señora! Eso debió ser por leerla despacio y recrearse con ella. No me negarás una cosa: cuando llegaste junto a ella, no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto a darle nombre? Digo... como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?
- B.- Lo que sé decir es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.
- A.- No sería eso, sino que tú... te debiste oler a tí mismo; porque yo se bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Pero dime: qué hizo cuando leyó la carta?
- B.- La carta no la leyó porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menuditas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos.
- A.- Todo va bien hasta ahora. Pero dime: qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre caballeros y damas dar a los mensajeros que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus caballeros, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.
- B.- Bien puede eso ser así y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados: que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que ésto fue lo que me dio mi señora por las bardas de un corral cuando de ella me despedí; y aún, por más señas, el queso era ovejuno.
- A.- Es liberal en extremo; y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela.
- B.- Todo puede ser; pero no hay de qué maravillarse: que un diablo parece a otro.

## HOMBRE Y MUJER

M.- Qué mal es ese que trae vuestro amo?

H.- Nada es; sino que ha dado una caída de una peña abajo y viene algo brumadas las costillas.

M.- Lo que he visto, más parecen golpes que caídas; que el caballero viene tan acardenalado a partes.

H.- No fueron golpes, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y cada uno ha hecho su cardenal. Y en curando a mi amo, haga vuesa merced que queden algunas estopas, que también me duelen a mí un poco los lomos.

M.- De esa manera, también debísteis vos de caer.

H.- No caí, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

M.- Bien podrá ser eso; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caído.

H.- Ahí está el toque, señora; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor.

M.- Y vuestro señor, es de verdad un gran caballero? Malgrado los cardenales?

H.- Tan nueva soís en el mundo que no lo sabéis vos? Mi amo es tan gran caballero que en dos palabras, hermana mía, se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que darle a un servidor.

M.- Y cómo vos no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

H.- Aún es temprano; porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea.

## HOMBRE Y MUJER

- M.- Adiós, adiós, marido amado. No olvides dar a tus pasos la medida de mi espera.
- H.- No, lo olvidaré.
- M.- Quiero ver los pasos que darás.
- H.- Los ves?
- M.- Los veo. Y un bozal de angustia me cubre la boca.
- H.- Mis pasos son sólo pasos.
- M.- Márchalos otra vez.
- H.- Lo ves? En cada toque del talón, una flor de grana crece ante la casa.
- M.- Flores de grana? Hoy no quiero que crezcan aquí flores de grana. Que nazcan azules y serenas como el mar en calma.
- H.- Lo ves? Cuando la punta del pie roza la grama, florece en azul y tiñe de azulado la mañana.
- M.- No quiero ver azul si es de tus pasos.
- H.- Amarillo querrás?
- M.- Amarillo, amarillo, llama la desgracia con su martillo.
- H.- Verde, entonces?
- M.- Verde, verde, te llevas a mi hombre y él se me pierde.
- H.- Dicen que es esperanza.
- M.- No quiero esperanza; la esperanza reclama lo que no tiene; yo quiero tenerte, no esperarte.
- H.- Debo partir, tú lo sabes.
- M.- Debes quedarte. Mi llanto se une al de los niños y todos los llantos juntos hacen un río. En él me ahogaré, abrazada a tus hijos.
- H.- Esposa, que el deber llama.
- M.- Marido, que el amor reclama.
- H.- Mujer, que el tren está llamando y suena la campana de la partida.
- M.- Marido, mi corazón resuena como un timbal hambriento.
- H.- Mira que ya me estoy yendo. Y que no quiero llantos ni quejidos.
- M.- Mira que cuando se agota el ruego, viene la furia.
- H.- Pues que venga!
- M.- Aquí viene, te advierto!
- H.- Y viene aquí la mía!
- M.- Traidor, asesinado, ladrón de mi alegría!
- H.- Celosa, trapisondera, intrigante y llorona.
- M.- Pastor de mala hacienda, merodeador, rapiñoso!
- H.- Huevona!
- M.- Hijo de puta!

No hay desgracia mayor que la de ser poeta.  
¡Yo los quemaba a todos!

CURIANA NIGROMÁNTICA.

Los quemará el olvido.

*(Vanse. Queda la escena rota. La CURIANTA GUARDIANA se apoya en el tronco de una margarita y allí se queda tímida, vaciando sus antenas lentamente.)*

### ESCENA III

MARIPOSA Y CURIANAS GUARDIANAS.

MARIPOSA. *(Despertando.)*

Volaré por el hilo de plata.  
Mis hijos me esperan,  
allá en los campos lejanos,  
hilando en sus ruecas.  
Yo soy el espíritu  
de la seda.

Vengo de un arca misteriosa  
y voy hacia la niebla.

Que cante la araña  
en su cueva;

que el ruiseñor medite  
mi leyenda;

que la gota de lluvia se asombre  
al resbalar sobre mis alas muertas.

Hilé mi corazón sobre carne  
para rezar en las tinieblas,  
y la muerte me dio dos alas blancas,  
pero cegó la fuente de mi seda.

Ahora comprendo el lamentar del agua,  
y el lamentar de las estrellas,  
y el lamentar del viento en la montaña,

y el zumbido punzante  
de la abeja.

Porque soy la muerte  
y la belleza.

Lo que dice la nieve sobre el prado,  
lo repite la hoguera;

las canciones del humo en la mañana  
las dicen las raíces bajo tierra.

Volaré por el hilo de plata;  
mis hijos me esperan.

Que cante la araña  
en su cueva;

que el ruiseñor medite  
mi leyenda;

que la gota de lluvia se asombre  
al resbalar sobre mis alas muertas.

*(La Mariposa mueve las alas con lentitud.)*

### ESCENA IV

MARIPOSA, ALACRANITO EL CORTA-MIMBRES  
Y CURIANAS GUARDIANAS.

Por la derecha asoma la graciosísima pizna de ALACRANITO.

ALACRANITO.

Una rica fragancia  
de carne fresca  
me llegó.

CURIANA GUARDIANA. *(Iracunda.)*

¡Márchate!

ALACRANITO.

¡Déjame que la vea!

*(Acercándose.)*

CURIANA GUARDIANA.

¡Vete al bosque, borracho!

ALACRANITO.

¡Ojalá lo estuviera!  
Ya me hubiese comido  
sus alas.

CURIANA GUARDIANA.

¡Sinvergüenza!  
¡Márchate de este bosque!

ALACRANITO. (*Suplicante.*)

¡Un bocado siquiera  
donde tiene la herida!  
¡La punta de una antena!

CURIANA GUARDIANA. (*Furiosa.*)

¡Si no te marchas pronto,  
llamo a mis compañeras  
y te matamos!

ALACRANITO. (*Serio.*)

Oye,  
si yo un viejo no fuera,  
¡cómo me tragaría  
tu sabrosa cabeza!

(ALACRANITO se acerca presto a morder a la MARIPOSA.)

CURIANA GUARDIANA. (*Alarmada.*)

¡Mira que grito! ¡Vete!

(La MARIPOSA se mueve.)

¡A ver si la despiertas!

ALACRANITO. (*Saltando y tiendo a carcajadas.*)

¿Qué dice la damita  
apetitosa y tierna?

CURIANA GUARDIANA. (*Yendo a pegar a ALACRANITO.*)

¡Esto es intolerable!

ALACRANITO. (*Muy cerca de la MARIPOSA y abriendo la pizca.*)

¿A que a mí no te acercas?

CURIANA GUARDIANA. (*Aterrada.*)

¡Venid, que se la come!

ALACRANITO. (*Retirándose.*)

¡Calla, Curiana fea!

CURIANA GUARDIANA.

¡Vete pronto a tu casa!

ALACRANITO. (*Cantando cínicamente.*)

Ya me voy a mi cueva  
a comerme diez moscas.

CURIANA GUARDIANA. (*Indignada y empujándole.*)

¡Vete!

ALACRANITO. (*Con guasa.*)

¡No es mala cena!

CURIANA GUARDIANA.

¡Eres canalla y medio!

ALACRANITO. (*Yéndose.*)

¡Y tú loca y soltera!

*(La CURIANA GUARDIANA se enfurece, se acerca a cazarla y a la MARIPOSA, y después vuelve a su sitio. La voz aguarrientosa de ALACRANITO se siente tarascar cada vez más lejos.)*

ESCENA V

GUSANO 1.º, GUSANO 2.º, GUSANO 3.º, MARIPOSA  
y CURIANAS GUARDIANAS.

Entre las yerbas brilla un grupo de Gusanos de Luz. Avanzan lentamente.

GUSANO 1.º

Ya podemos bebernos  
el rocío.

GUSANO 2.º

Ahora he visto en el lago  
temblar a los lirios.  
Pronto caerá sobre las hierbas,  
santo y cristalino.

GUSANO 1.º

¿Caerá de los ramajes  
o lo traerán los fríos?

GUSANO 3.º

Nunca comprenderemos  
lo desconocido.

Ya se ha apagado mi luz;  
estoy viejo y marchito,  
y no vi descender  
de la rama el rocío.

GUSANO 2.º

Brotará de la tierra.

GUSANO 3.º

Un viejo sabio ha dicho:  
“Bebed las dulces gotas,  
serenos y tranquilos,  
sin preguntar jamás  
¿de dónde habrán venido?”

GUSANO 1.º

Endulzan el amor  
esas gotas.

GUSANO 3.º

Los viejos  
sabemos que el amor  
es igual que el rocío.  
La gota que tú tragas  
no vuelve sobre el prado;  
como el amor, se pierde  
en la paz del olvido.  
Y mañana, otras gotas  
brillarán en la hierba  
que a los pocos momentos  
ya no serán rocío.

GUSANO 1.º

No nos pongamos tristes...

## HOMBRES

Digo, pues, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia y tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere al decir: "Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?", yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices (1), y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmación de mi vida. Oh, quién se atreviera a salir entonces, diciendo a voces: "Ah, Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces; considera lo que me debes; mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advier-te que al decir tú "sí" y el acabármeme la vida ha de ser todo a un punto. Ah, traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Qué quieres? Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido." Ah, loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que había de hacer lo que no hice! Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, si fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

- (1) Quien cuenta la historia, se ha escondido entre unos tapices para presenciar la ceremonia sin ser visto.

## MUJERES

Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el "sí" de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el "sí" a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba ~~intención que ella tenía de matarse~~ a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se había quitado la vida. Todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos.



DOS HOMBRES, personajes A y B.

- A.- Llegaste, y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando con oro de canutillo para este cautivo caballero.
- B.- No la hallé sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.
- A.- Pues haz cuenta que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, besóla? Fúsosela sobre la cabeza? Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?
- B.- Cuando yo se la iba a dar, díjome ella: "Doned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está".
- A.- Discreta señora! Eso debió ser por leerla despacio y recrearse con ella. No me negarás una cosa: cuando llegaste junto a ella, no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto a darle nombre? Digo... como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?
- B.- Lo que sé decir es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.
- A.- No sería eso, sino que tú... te debiste oler a tí mismo; porque yo se bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Pero dime: qué hizo cuando leyó la carta?
- B.- La carta no la leyó porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudadas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos.
- A.- Todo va bien hasta ahora. Pero dime: qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre caballeros y damas dar a los mensajeros que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus caballeros, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.
- B.- Bien puede eso ser así y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados: que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que ésto fue lo que me dio mi señora por las bardas de un corral cuando de ella me despedí; y aún, por más señas, el queso era ovejuno.
- A.- Es liberal en extremo; y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela.
- B.- Todo puede ser; pero no hay de qué maravillarse: que un diablo parece a otro.

## HOMBRE Y MUJER

M.- Qué mal es ese que trae vuestro amo?

H.- Nada es; sino que ha dado una caída de una peña abajo y viene algo brumadas las costillas.

M.- Lo que he visto, más parecen golpes que caídas; que el caballero viene tan acardenalado a partes.

H.- No fueron golpes, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y cada uno ha hecho su cardenal. Y en curando a mi amo, haga vuesa merced que queden algunas estopas, que también me duelen a mí un poco los lomos.

M.- De esa manera, también debísteis vos de caer.

H.- No caí, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

M.- Bien podrá ser eso; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caído.

H.- Ahí está el toque, señora; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor.

M.- Y vuestro señor, es de verdad un gran caballero? Malgrado los cardenales?

H.- Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? Mi amo es tan gran caballero que en dos palabras, hermana mía, se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que darle a un servidor.

M.- Y cómo vos no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

H.- Aún es temprano; porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea.

## HOMBRE Y MUJER

- M.- Adiós, adiós, marido amado. No olvides dar a tus pasos la medida de mi espera.
- H.- No lo olvidaré.
- M.- Quiero ver los pasos que darás.
- H.- Los ves?
- M.- Los veo. Y un bozal de angustia me cubre la boca.
- H.- Mis pasos son sólo pasos.
- M.- Márchalos otra vez.
- H.- Lo ves? En cada toque del talón, una flor de grana crece ante la casa.
- M.- Flores de grana? Hoy no quiero que crezcan aquí flores de grana. Que nazcan azules y serenas como el mar en calma.
- H.- Lo ves? Cuando la punta del pie roza la grama, florece en azul y tiñe de azulado la mañana.
- M.- No quiero ver azul si es de tus pasos.
- H.- Amarillo querrás?
- M.- Amarilo, amarillo, llama la desgracia con su martillo.
- H.- Verde, entonces?
- M.- Verde, verde, te llevas a mi hombre y él se me pierde.
- H.- Dicen que es esperanza.
- M.- No quiero esperanza; la esperanza reclama lo que no tiene; yo quiero tenerte, no esperarte.
- H.- Debo partir, tú lo sabes.
- M.- Debes quedarte. Mi llanto se une al de los niños y todos los llantos juntos hacen un río. En él me ahogaré, abrazada a tus hijos.
- H.- Esposa, que el deber llama.
- M.- Marido, que el amor reclama.
- H.- Mujer, que el tren está llamando y suena la campana de la partida.
- M.- Marido, mi corazón resuena como un timbal hambriento.
- H.- Mira que ya me estoy yendo. Y que no quiero llantos ni quejidos.
- M.- Mira que cuando se agota el ruego, viene la furia.
- H.- Pues que venga!
- M.- Aquí viene, te advierto!
- H.- Y viene aquí la mía!
- M.- Traidor, asesinado, ladrón de mi alegría!
- H.- Celosa, trapisondera, intrigante y llorona.
- M.- Pastor de mala hacienda, merodeador, rapiñoso!
- H.- Huevona!
- M.- Hijo de puta!

## HOMBRES

Digo, pues, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia y tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere al decir: "¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?", yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices (1), y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmación de mi vida. Oh, quién se atreviera a salir entonces, diciendo a voces: "Ah, Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces; considera lo que me debes; mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advier-te que al decir tú "sí" y el acabármeme la vida ha de ser todo a un punto. Ah, traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Qué quieres? Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido." Ah, loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que había de hacer lo que no hice! Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, si fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

- (1) Quien cuenta la historia, se ha escondido entre unos tapices para presenciar la cêremonia sin ser visto.

## MUJERES

Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el "sí" de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el "sí" a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba ~~intención de matarse en acabándose de desposar~~ a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se había quitado la vida. Todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos.

DOS HOMBRES, personajes A y B.

A.- Llegaste, y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando con oro de canutillo para este cautivo caballero.

B.- No la hallé sino shechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

A.- Pues haz cuenta que los granos de aquel trigo eran granos de perla.

## HOMBRE Y MUJER

M.- Qué mal es ese que trae vuestro amo?

H.- Nada es; sino que ha dado una caída de una peña abajo y viene algo brumadas las costillas.

M.- Lo que he visto, más parecen golpes que caídas; que el caballero viene tan acardenalado a partes.

H.- No fueron golpes, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y cada uno ha hecho su cardenal. Y en curando a mi amo, haga vuesa merced que queden algunas estopas, que también me duelen a mí un poco los lomos.

M.- De esa manera, también debísteis vos de caer.

H.- No caí, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

M.- Bien podrá ser eso; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caído.

H.- Ahí está el toque, señora; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor.

M.- Y vuestro señor, es de verdad un gran caballero? Malgrado los cardenales?

H.- Tan nueva soís en el mundo que no lo sabéis vos? Mi amo es tan gran caballero que en dos palabras, hermana mía, se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que darle a un servidor.

M.- Y cómo vos no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

H.- Aún es temprano; porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea.

## HOMBRE Y MUJER

- M.- Adiós, adiós, marido amado. No olvides dar a tus pasos la medida de mi espera.
- H.- No lo olvidaré.
- M.- Quiero ver los pasos que darás.
- H.- Los ves?
- M.- Los veo. Y un bozal de angustia me cubre la boca.
- H.- Mis pasos son sólo pasos.
- M.- Márchalos otra vez.
- H.- Lo ves? En cada toque del talón, una flor de grana crece ante la casa.
- M.- Flores de grana? Hoy no quiero que crezcan aquí flores de grana. Que nazcan azules y serenas como el mar en calma.
- H.- Lo ves? Cuando la punta del pie roza la grama, florece en azul y tiñe de azulado la mañana.
- M.- No quiero ver azul si es de tus pasos.
- H.- Amarillo querrás?
- M.- Amarillo, amarillo, llama la desgracia con su martillo.
- H.- Verde, entonces?
- M.- Verde, verde, te llevas a mi hombre y él se me pierde.
- H.- Dicen que es esperanza.
- M.- No quiero esperanza; la esperanza reclama lo que no tiene; yo quiero tenerte, no esperarte.
- H.- Debo partir, tú lo sabes.
- M.- Debes quedarte. Mi llanto se une al de los niños y todos los llantos juntos hacen un río. En él me ahogaré, abrazada a tus hijos.
- H.- Esposa, que el deber llama.
- M.- Marido, que el amor reclama.
- H.- Mujer, que el tren está llamando y suena la campana de la partida.
- M.- Marido, mi corazón resuena como un timbal hambriento.
- H.- Mira que ya me estoy yendo. Y que no quiero llantos ni quejidos.
- M.- Mira que cuando se agota el ruego, viene la furia.
- H.- Pues que venga!
- M.- Aquí viene, te advierto!
- H.- Y viene aquí la mía!
- M.- Traidor, asesinado, ladrón de mi alegría!
- H.- Celosa, trapisondera, intrigante y llorona.
- M.- Pastor de mala hacienda, merodeador, rapiñoso!
- H.- Huevona!
- M.- Hijo de puta!

## HOMBRES

Digo, pues, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia y tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere al decir: "¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?", yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices (1), y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmación de mi vida. Oh, quién se atreviera a salir entonces, diciendo a voces: "Ah, Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces; considera lo que me debes; mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advier-te que al decir tú "sí" y el acabármeme la vida ha de ser todo a un punto. Ah, traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Qué quieres? Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido." Ah, loco de mí! Ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que había de hacer lo que no hice! Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, si fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

- (1) Quien cuenta la historia, se ha escondido entre unos tapices para presenciar la cêremonia sin ser visto.

## MUJERES

Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el "sí" de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el "sí" a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba ~~intención que me dió a entender~~ a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se había quitado la vida. Todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos.



DOS HOMBRES, personajes A y B.

- A.- Llegaste, y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando con oro de canutillo para este cautivo caballero.
- B.- No la hallé sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.
- A.- Pues haz cuenta que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, besóla? Fúsosela sobre la cabeza? Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?
- B.- Cuando yo se la iba a dar, díjome ella: "Doned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está".
- A.- Discreta señora! Eso debió ser por leerla despacio y recrearse con ella. No me negarás una cosa: cuando llegaste junto a ella, no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto a darle nombre? Digo... como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?
- B.- Lo que sé decir es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.
- A.- No sería eso, sino que tú... te debiste oler a tí mismo; porque yo se bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Pero dime: qué hizo cuando leyó la carta?
- B.- La carta no la leyó porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos.
- A.- Todo va bien hasta ahora. Pero dime: qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre caballeros y damas dar a los mensajeros que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus caballeros, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.
- B.- Bien puede eso ser así y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados: que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que ésto fue lo que me dio mi señora por las bardas de un corral cuando de ella me despedí; y aún, por más señas, el queso era ovejuno.
- A.- Es liberal en extremo; y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela.
- B.- Todo puede ser; pero no hay de qué maravillarse: que un diablo parece a otro.

## HOMBRE Y MUJER

M.- Qué mal es ese que trae vuestro amo?

H.- Nada es; sino que ha dado una caída de una peña abajo y viene algo brumadas las costillas.

M.- Lo que he visto, más parecen golpes que caídas; que el caballero viene tan acardenalado a partes.

H.- No fueron golpes, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y cada uno ha hecho su cardenal. Y en curando a mi amo, haga vuesa merced que queden algunas estopas, que también me duelen a mí un poco los lomos.

M.- De esa manera, también debísteis vos de caer.

H.- No caí, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

M.- Bien podrá ser eso; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caído.

H.- Ahí está el toque, señora; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor.

M.- Y vuestro señor, es de verdad un gran caballero? Malgrado los cardenales?

H.- Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? Mi amo es tan gran caballero que en dos palabras, hermana mía, se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que darle a un servidor.

M.- Y cómo vos no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

H.- Aún es temprano; porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea.

## HOMBRE Y MUJER

- M.- Adiós, adiós, marido amado. No olvides dar a tus pasos la medida de mi espera.
- H.- No lo olvidaré.
- M.- Quiero ver los pasos que darás.
- H.- Los ves?
- M.- Los veo. Y un bozal de angustia me cubre la boca.
- H.- Mis pasos son sólo pasos.
- M.- Márchalos otra vez.
- H.- Lo ves? En cada toque del talón, una flor de grana crece ante la casa.
- M.- Flores de grana? Hoy no quiero que crezcan aquí flores de grana. Que nazcan azules y serenas como el mar en calma.
- H.- Lo ves? Cuando la punta del pie roza la grama, florece en azul y tiñe de azulado la mañana.
- M.- No quiero ver azul si es de tus pasos.
- H.- Amarillo querrás?
- M.- Amarillo, amarillo, llama la desgracia con su martillo.
- H.- Verde, entonces?
- M.- Verde, verde, te llevas a mi hombre y él se me pierde.
- H.- Dicen que es esperanza.
- M.- No quiero esperanza; la esperanza reclama lo que no tiene; yo quiero tenerte, no esperarte.
- H.- Debo partir, tú lo sabes.
- M.- Debes quedarte. Mi llanto se une al de los niños y todos los llantos juntos hacen un río. En él me ahogaré, abrazada a tus hijos.
- H.- Esposa, que el deber llama.
- M.- Marido, que el amor reclama.
- H.- Mujer, que el tren está llamando y suena la campana de la partida.
- M.- Marido, mi corazón resuena como un timbal hambriento.
- H.- Mira que ya me estoy yendo. Y que no quiero llantos ni quejidos.
- M.- Mira que cuando se agota el ruego, viene la furia.
- H.- Pues que venga!
- M.- Aquí viene, te advierto!
- H.- Y viene aquí la mía!
- M.- Traidor, asesinado, ladrón de mi alegría!
- H.- Celosa, trapisondera, intrigante y llorona.
- M.- Pastor de mala hacienda, merodeador, rapiñoso!
- H.- Huevona!
- M.- Hijo de puta!